

## UNO

Al otro lado de la gran puerta de hierro forjado no había carretera, ni rastros, ni niebla que remolineara ocultando la visión: bajo un intenso sol de media mañana, un verde césped salpicado de árboles ornamentales ascendía alegre en una ligera pendiente, cruzado por un ancho sendero de grava que arrancaba al otro lado mismo de la puerta y conducía formando una amplia curva hasta una enorme mansión... ¿victoriana? Jorge Herralde no entendía mucho de arquitectura, pero el gran caserón, quizá a unos cuatrocientos metros de distancia de la verja y ligeramente orientado hacia la derecha con respecto a ella, remataba una pequeña loma plana, con ese aire de antigua y sombría austeridad que había visto muchas veces en el cine, en la televisión y en las portadas de algunas novelas góticas. Altas ventanas con enormes cristaleras, tejados muy inclinados, un cuerpo central de aspecto sólido flanqueado por dos torres cilíndricas, de las que partían dos alas laterales ligeramente en ángulo avanzado con respecto al cuerpo central, como si en cierto modo quisieran abrazarlo, quizá protegerlo. Todo el edificio respiraba un aire de antiguo y regio esplendor, quizá un tanto decrépito pero aún solemne, desde los rojos ladrillos y la oscura madera de los soportales hasta las enredaderas que en algunos lugares trepaban por la fachada por entre las ventanas hasta más allá de la primera de las tres plantas, baja y dos pisos, que formaban el edificio. La casa estaba bien cuidada, y era evidente que alguien la habitaba.

*Alguien.*

Berta había salido también del coche y estaba a su lado, contemplando la imponente estructura a través de los barrotes de la verja.

—Jorge, ¿qué es todo esto? —murmuró. Su voz tenía la misma inseguridad que él sentía en su interior.

—No lo sé —respondió, también en un murmullo, como si no quisiera ser oído, ¿por quién?—. Pero, sea lo que sea, vamos a averiguarlo.

Hizo palanca hacia abajo en la enorme manija de la verja y empujó el batiente derecho, esperando una gran resistencia. Pese a su tamaño y a su indudable peso, sin embargo, el batiente giró sobre sus goznes con una increíble suavidad. Lo empujó hacia dentro hasta formar un ángulo de más de noventa grados con el cuerpo de la verja, y luego hizo lo mismo con el otro batiente. Regresó al coche.

—Vamos —le dijo a su mujer.

Cruzaron la verja a muy poca velocidad, y detuvo el vehículo al otro lado, con un ligero chirrido de frenos sobre la grava. Con la misma meticulosidad que lo había caracterizado toda su vida, volvió a cerrar las puertas, que le obedecieron con la misma suavidad con que se habían abierto. Indudablemente, pensó, alguien las engrasaba muy a menudo.

Volvió a subir al coche. Berta miraba como hipnotizada el gran edificio. Jorge Herralde pensó que al menos tendría cien habitaciones, quizá más. Su arquitectura desentonaba allí en medio de aquella árida nada. Aunque nunca había estado en Gran Bretaña, lo imaginó asentado en medio de la campiña inglesa: aquél era su lugar. El cuidado césped, de un verde intenso, con sus árboles ornamentales salpicándolo aquí y allá entre pequeños y serpenteantes senderos peatonales, un

bosquecillo a un lado, e incluso el reflejo de un pequeño estanque o lago más allá de la casa, evidenciaban una abundancia de agua que contrastaba con la aridez del otro lado de la verja.

Y el sol que brillaba en un cielo intensamente azul.

—Sea lo que sea esto, aquí nos darán alguna explicación —murmuró, casi para sí mismo, mientras ponía de nuevo el coche en marcha y metía la primera.

Ascendió lentamente por el camino de grava, oyendo por la ventanilla abierta el crujir de los neumáticos sobre las redondeadas piedrecillas. El sendero llegaba hasta la casa formando una suave y amplia curva y moría ante su puerta principal en una especie de rotonda adornada con un parterre central rematado por un enorme pino. Una amplia escalinata —¿ocho, diez escalones?— ascendía hasta el gran porche cubierto de la entrada. El porche se prolongaba a ambos lados, siguiendo la curva de las dos torres y continuando hasta el extremo de las alas.

Hasta entonces no habían visto ningún ser vivo: ni persona ni animal. El lugar parecía desierto, aunque la casa respiraba *vida*. Jorge Herralde se preguntó si habría alguien observándoles desde detrás de alguna de aquellas ventanas.

De pronto Berta apoyó una mano en su brazo.

—¡Jorge, mira!

Habían llegado ya casi junto a la casa. El porche continuo de las dos alas laterales del edificio, con su ángulo de casi veinte grados con respecto al cuerpo central, con las dos torres cilíndricas formando como sendas bisagras, estaba adornado con espléndidas rosaledas que trepaban por los postes de sustentación. En la parte central del ala, ocho amplios escalones ascendían desde el sendero hasta el porche.

En él, casi junto a los escalones, había un hombre en una mecedora.

Jorge Herralde detuvo el coche ante los escalones. El hombre se mecía suavemente, y la mecedora producía un pequeño ruido en su constante vaivén, un gruñir de madera contra madera. El hombre estaba vuelto ligeramente de espaldas con respecto a ellos, mirando directamente hacia el cuerpo central del edificio, como si aguardara algo. Desde el coche no podía vérselo bien, pero su escaso pelo blanco hacía suponer que era un anciano. No dio ninguna muestra de haber reparado en su presencia.

—Espera aquí —le dijo Jorge Herralde a Berta—. Voy a hablar con él.

Ella no se movió ni dijo nada. Jorge Herralde salió del coche y, apoyándose en la portezuela, gritó:

—¡Hola! ¡Buenos días!

El hombre siguió meciéndose, sin volver la cabeza. Jorge Herralde aguardó unos instantes, luego cerró con suavidad la portezuela del coche y se encaminó hacia el porche. Los escalones crujieron ligeramente bajo sus pies.

—Hola. Perdone que le moleste, pero...

Ningún movimiento. El hombre tenía la cabeza reclinada contra el alto respaldo de la mecedora, vuelta ligeramente hacia el otro lado. El suave *ñiiic ñiiic* de su vaivén sonaba incongruente en el absoluto silencio del lugar. No soplaban ninguna brisa.

Se acercó, consciente de que, de una forma casi instintiva, estaba andando de puntillas para hacer el menor ruido posible. El silencio atrae al silencio, pensó, y sintió deseos de echarse a reír para liberar un poco la tensión. No lo hizo.

—Disculpe; estoy desorientado, yo...

Había llegado ya al lado del hombre. Éste seguía inmóvil, balanceándose suavemente, adelante-y-atrás, adelante-y-atrás, como movido por la simple inercia de la mecedora. No volvió la cabeza.

—Mire, yo... —y se detuvo a media frase. Había llegado por fin frente al otro. El hombre tenía los ojos abiertos y miraba fijamente hacia el cuerpo central del edificio. El vaivén de la mecedora hacía que su mirada derivara desde la puerta de entrada hasta el segundo piso, desde la puerta de entrada hasta el segundo piso.

No parpadeaba.

—Dios —jadeó Jorge Herralde. Tuvo un horrible presentimiento. Se inclinó hacia el hombre para examinarlo más de cerca. Su mirada seguía fija en la casa, arriba y abajo, arriba y abajo, al compás del vaivén. Sus ojos eran dos cuentas de cristal.

—¿Qué ocurre, Jorge? —Berta había salido del coche y se mantenía de pie al lado de la portezuela, sujetándola abierta, con el cristal bajado y las dos manos apoyadas en el montante.

Hizo un gesto con la mano, sin mirarla.

—No vengas. Espera. —Dudó unos momentos, luego adelantó una mano hacia el rostro del hombre, tocó su piel. La retiró en seguida.

La mecedora seguía con su eterno vaivén: *ñiic, ñiic, ñiic...*

Retrocedió apresuradamente. Tropezó con los escalones, estuvo a punto de caer. Resollaba.

—Por el amor de Dios, Jorge, ¿qué pasa?

Llegó junto al coche. Se metió dentro y apoyó ambas manos en el volante. Se dio cuenta de que temblaba ligeramente.

Berta entró también en el coche. Esta vez no dijo nada; se limitó a mirarle, con los ojos muy fijos en los suyos.

—Está muerto —dijo él. Inspiró profundamente para controlarse.

—Pero... —Berta dejó la frase en suspenso. Miró por un momento hacia el hombre en la mecedora, luego desvió de nuevo la vista hacia su marido.

—Iremos a la casa —dijo él. Su único pensamiento era que todo aquello era una pesadilla. *Tenía* que ser una pesadilla.

Puso el coche en marcha. Le costó hacer entrar la primera. El Almera dio una sacudida cuando retiró el pie del embrague con demasiada brusquedad. Levantó el pie del acelerador para evitar embalsarse demasiado. Tienes que tranquilizarte, se dijo a sí mismo; nunca te has dejado dominar por los acontecimientos.

Pero tenía los nervios a flor de piel.

Habría solamente unos veinte metros hasta la entrada principal de la casa. Jorge Herralde frenó delante de ella con excesiva brusquedad. Ocho amplios escalones hasta la entrada del edificio; éstos de piedra, con una curvada baranda, también de piedra, a ambos lados, más ornamental que útil. La puerta principal tenía una gran cristalera de color enmarcada en bruñida caoba, una enorme puerta de dos hojas. Una de ellas estaba ligeramente entreabierta.

—Vamos —dijo. Salió del coche. No esperó a Berta, subió directamente la escalinata. Ella le siguió.

Entraron. Tras la luz exterior, el gran vestíbulo parecía más oscuro de lo que era en realidad. Además de la puerta, los dos grandes ventanales a ambos lados proporcionaban luz suficiente. Pero la decoración era toda de madera oscura, el techo altísimo, y una única luz artificial brillaba en forma de una gran lámpara de pie a su izquierda, junto a un mostrador también de caoba. Había

sillones de terciopelo dorado, mesitas bajas, y al fondo una gran escalera barroca que subía a los pisos superiores, con la incongruente puerta de una moderna instalación de ascensor a la derecha. El mostrador parecía la recepción de un hotel; tras él había un enorme casillero.

Y un hombre de pie, como si estuviera aguardándoles.

Jorge Herralde avanzó directamente hacia él. El hombre llevaba una especie de uniforme marrón con solapas de terciopelo, sin ningún distintivo excepto unos botones dorados lisos. Era alto, delgado, con el pelo negro peinado tensamente hacia atrás, casi engominado. Tendría unos cuarenta años. Exhibía toda la obsequiosidad de un buen recepcionista de hotel.

Jorge Herralde se detuvo ante el mostrador y le miró fijamente. Señaló con un brazo hacia la puerta.

—Oiga, ahí fuera...

—Los señores Herralde, supongo —dijo imperturbable el hombre, como si no hubiera oído nada—. Les estábamos esperando. Se han retrasado.

Jorge Herralde dejó caer blandamente el brazo sobre el mostrador. Balbuceó:

—Pero...

—No se preocupen —siguió el hombre con una perfecta obsequiosidad profesional, atento tan sólo a su propio discurso—. Les tenemos reservada su habitación. El chico les acompañará y llevará sus maletas. —Hizo chasquear levemente los dedos.

Berta había llegado junto a su marido. Parecía un poco como aturdida, como si de repente todo lo que la rodeaba fuera demasiado para su entendimiento y sencillamente se estuviera dejando llevar. Un muchacho, no más de quince años, apareció de algún lugar inconcreto. Llevaba el mismo uniforme marrón con solapas de terciopelo y botones dorados, y una gorra de plato de estilo militar con visera de charol. Se les acercó.

—Recoge el equipaje de los señores Herralde y llévalo a la 201. Está fuera, en el coche. Las llaves están en el contacto.

Jorge Herralde no pensó que el hombre *no podía* saber que había dejado las llaves en el contacto en vez de retirarlas y metérselas en el bolsillo como hacía siempre. En aquellos momentos su mente estaba ocupada en otra cosa.

—Oiga, ahí fuera hay un hombre en una mecedora. Está muerto.

Sólo entonces pareció prestar atención el hombre a sus palabras. No perdió su imperturbabilidad.

—Oh, sí. El viejo Tomás Benítez. Ya se están ocupando de él.

Jorge Herralde se lo quedó mirando en silencio durante unos segundos, como intentando descubrir qué había detrás de aquellos ojos oscuros, casi negros. Luego, movido por un impulso repentino, se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta. El muchacho, que había salido antes que él, estaba abriendo ya el maletero del coche y sacando el equipaje. Apenas le dirigió una mirada. Sus ojos se volvieron hacia su izquierda, al porche adornado por las rosaledas.

Un par de hombres estaban alzando el cuerpo de la mecedora y lo depositaban sobre una especie de camilla de hospital con ruedas, el uno sujetándolo por los sobacos, el otro por los tobillos, y una vez depositado en ella lo cubrían con una sábana y arrastraban la camilla hacia la puerta que había en el centro del ala, justo delante de los escalones de acceso. Iban vestidos con el mismo uniforme marrón que el recepcionista y el muchacho. Desaparecieron. La puerta se cerró

silenciosamente tras ellos. La mecedora siguió durante unos momentos la inercia de su movimiento, *ñiiic, ñiiic, ñiiic*, aunque el sonido no llegaba hasta ellos.

—¿Lo ve? —dijo el hombre, que había seguido a Jorge Herralde al exterior y ahora estaba a su lado junto a la puerta—. No tiene que preocuparse por nada. Todo está bajo control.

El muchacho llegó junto a ellos, cargado con las dos maletas y el neceser de Berta. El hombre le tendió una llave.

—La 201 —dijo. Y luego, dirigiéndose a Jorge Herralde y a Berta—: Supongo que estarán cansados después de su largo viaje. Les recomiendo que descansen todo el día de hoy. Duerman un poco. Sáltense el almuerzo; hoy el sueño les será más reparador que la comida. Si quieren pueden bajar a cenar, la cena es de seis a siete, aunque les sugiero que la tomen en su habitación: se la sabremos. Mañana el desayuno es de nueve a diez. ¿Les parece bien que les llamemos a las ocho?

La habitación era amplia, confortable, amueblada al estilo clásico. El muchacho depositó en silencio las maletas en la banqueta para el equipaje, metió la llave en la parte interior de la cerradura y la dejó colgando allí, y se fue. Jorge Herralde esperó a oír cerrarse la puerta a sus espaldas antes de echar una mirada a su alrededor. Una amplia ventana acristalada, muy alta, con unas diáfanas cortinas blancas de hilo y unas pesadas contracortinas de terciopelo marrón. Una gran cama de matrimonio con una enorme colcha de raso, dos sillones, una mesa auxiliar con una silla, una mesita baja, y un armario empotrado que ocupaba toda una pared. A un lado, la puerta que conducía a un completo cuarto de baño. Una gran lámpara en el techo, dos pequeñas lamparillas sobre las mesitas de noche, y un aplique en la pared junto a la mesa auxiliar. Las paredes estaban empapeladas con un afiligranado papel imitando el terciopelo, con hileras verticales de estilizados búcaros de flores. El suelo era de parqué.

—Dios mío, no entiendo nada —murmuró Jorge Herralde.

—Yo tampoco —admitió Berta—. Pero estoy tan cansada. Creo que voy a echarme. Mañana será otro día.

Él la miró por unos segundos pero no dijo nada. Se dirigió hacia la ventana, apartó ligeramente la cortina, miró al exterior. La ventana daba a la parte delantera derecha del edificio, casi pegada a la torre cilíndrica de aquel lado. Ante él se extendía el césped salpicado de árboles ornamentales, a su izquierda el camino de entrada, a la derecha un bosquecillo, más allá un pequeño estanque. Al fondo se veía el muro de casi tres metros que cercaba la propiedad. No pudo divisar la verja por la que habían entrado.

Berta se echó vestida en la cama, con un suspiro. Jorge Herralde, por la fuerza de la costumbre de muchos años en hoteles, se dedicó a inspeccionar a fondo la habitación y el cuarto de baño. Todo impecablemente limpio, el váter y el bidé precintados con su correspondiente banda de papel que garantizaba que habían sido higienizados, las toallas cuidadosamente dobladas, el armario y los cajones de las mesitas de noche vacíos y sin polvo. Pensó en deshacer las maletas y colgar los trajes y disponer la ropa en el armario y los cajones, como hacía siempre en el hotel aunque sólo estuviera una noche: la ropa hay que cuidarla, decía siempre, dentro de las maletas se arruga demasiado y se estropea. Pero algo le impidió hacerlo. Sin pensar demasiado en ello, se tendió en la cama al lado de Berta, vestido también. Casi sin darse cuenta se quedó dormido.

Lo despertó una llamada en la puerta, no supo cuántas horas después. Antes de que pudiera decir nada, sin darle apenas tiempo más que para levantarse de la cama, la puerta se abrió y entró una camarera. Su traje era también marrón, casi un uniforme, y llevaba el cabello rubio recogido bajo una especie de cofia. Empujaba un carrito con ruedas sobre el que había una bandeja grande con asas a los lados, que depositó sobre la mesa auxiliar. No dijo nada. Los miró brevemente a los dos —Berta seguía echada en la cama—, hizo una breve inclinación de cabeza y salió.

Jorge Herralde se acercó a la mesa auxiliar. En la bandeja había varios platos con tapa, dos juegos de cubiertos y dos servilletas. Jorge Herralde levantó las tapas: sopa, pescado a la romana con guarnición de lechuga y tomate, fruta. A un lado de la bandeja dos botellas, una de vino y otra de agua, las dos frías, y dos vasos. Examinó el vino: un rioja blanco, de calidad. Se dio cuenta de que no sabía cuántas horas llevaba sin comer. De pronto sintió hambre.

El mundo se estará desmoronando a nuestro alrededor, pensó, pero el estómago no sabe de extravagancias. Se echó a reír.

Berta, en la cama, no alzó la cabeza.

Tendido en la cama, mirando fijamente el techo que poco a poco iba fundiéndose con la creciente oscuridad, Jorge Herralde intentó poner orden a sus pensamientos. Se sentía desconcertado, abrumado por todo lo ocurrido en las últimas horas. Ni siquiera hacía un día —¿cuánto tiempo había pasado?; no podía precisarlo: su reloj seguía marcando obstinadamente las 3:35; en la oscuridad no se le ocurrió mirar si había algún reloj despertador en la mesilla de noche— había partido de un Madrid normal, casi vulgar, donde había estado rodeado por sus hijos y por sus nietos, camino de Santiago de Compostela. Había bebido un poco, era cierto; quizá demasiado. Ya no era tan joven, su tolerancia al alcohol había disminuido, no era como cuando estaba en pleno ejercicio de su profesión y tomaba una copa o varias con casi todos sus clientes, al menos con los más importantes, antes de seguir camino. Se había amodorrado un poco ante el volante, eso era cierto también: la edad no perdona. Y luego...

Miró a Berta a su lado, que no había querido cenar, que sólo se había levantado de la cama el tiempo necesario para lavarse los dientes, desvestirse y ponerse el camisón. Dormía suavemente, apenas respirando, apenas moviéndose. Nunca había roncado, jamás se agitaba en la cama, era la clásica mujer suave y dulce y callada, preocupada únicamente por sus hijos y porque su hogar fuera siempre una balsa de aceite, un lugar donde nunca ocurriera nada, donde todos los acontecimientos se deslizaran en un fluir constante, sin escollos ni remolinos. Nada más distinto a él, que siempre había sido un hombre inquieto y discutidor, inconformista y demasiado amante de las cosas claras.

Las cosas claras. Sonrió. Bien, ahí tenía algo muy, *muy* oscuro. Aquel extraño lugar en medio de ninguna parte, clavado al final de una carretera inexistente, desafiaba todos los argumentos de su lógica. *Pero es real*. Podía palpar las sábanas de la cama, había degustado la cena, había paladeado el vino. Existía. Pese a todo lo que pudiera pensar su mente racional al respecto.

Miró hacia la ventana. Ya era oscuro fuera. Desde donde estaba tendido sólo podía entrever un rectángulo de cielo. Las estrellas eran un nítido y distante telón de fondo, la luna llena un hinchado globo plateado que parecía colgar de la nada a un lado.

Me siento viejo, se dijo a sí mismo. Absolutamente viejo.

Berta se agitó un poco a su lado. Aquello era sorprendente en ella. ¿Acaso también se sentía inquieta? ¿Acaso se daba cuenta, como él, de que estaban inmersos en algo que se hallaba más allá de la razón? Pensó en Juan, tal vez preocupándose en Vigo al ver que no habían llegado a la hora prevista. En sus hijos en Madrid, telefoneando al hotel de Santiago de Compostela para ver si habían llegado sin novedad. Y en él, anclado allí no sabía dónde.

Sólo entonces se le ocurrió pensar en el teléfono móvil. Sus hijos le habían obligado a comprarlo hacía tiempo —mejor dicho, se lo habían comprado ellos—, señalándole su utilidad: «Con él puedes comunicarte con quien quieras en el momento en que quieras, estés donde estés.» Ellos mismos le habían introducido la agenda con todos los números, le habían explicado exhaustivamente su funcionamiento, como se hace con los niños y con los viejos a los que les cuesta aprender.

Se levantó con mucha cautela para no despertar a Berta y fue hasta su chaqueta. De pronto se le ocurrió que ninguno de sus hijos le había llamado tampoco en todo el día. ¿Estaría descargada la batería del móvil? Era algo que le ocurría muy a menudo, siempre se le olvidaba recargarlo periódicamente, todavía no estaba adaptado a las nuevas tecnologías. Pero no, las rayitas en la pantalla luminosa le indicaron que la batería estaba a tope. Tampoco había ningún mensaje ni ninguna llamada perdida. Bien, les llamaría él. Aunque sólo fuera para tranquilizarles. La luz de la pantalla le permitió trabajar en la oscuridad. Primero Juan. Pulsó su nombre en la agenda, se llevó el aparato al oído, aguardó.

—El número solicitado está inactivo o fuera de cobertura.

Bueno, era tarde, quizá Juan desconectaba el móvil cuando se retiraba a su casa para que nadie le molestara con asuntos de trabajo. Probó con el número de su teléfono fijo.

Sonó y sonó y sonó, pero nadie se puso al aparato.

Probó con sus demás hijos. Los resultados fueron los mismos. Bueno, no nos alarmemos, se dijo. Mañana lo volveremos a intentar.

Más aún, pensó. Mañana nos levantaremos, desayunaremos y nos iremos. Pagaré mi cuenta, si es que aquí cobran en alguna moneda, y seguiremos adelante. De alguna forma saldremos de todo esto.

Sólo por pura curiosidad, descolgó el teléfono de la mesilla de noche. No obtuvo tono. Pulsó todas las teclas, esperando que alguna activara la centralita nocturna. Nada.

No nos preocupemos, se dijo de nuevo mientras volvía a tenderse en la cama. La vida tiene a veces extraños meandros, pero para salirse de ellos lo único que tienes que hacer es saber dejarte llevar. Él se dejaría llevar. Era la mejor forma de salirse de situaciones como aquélla. La única forma.

Berta se agitó de nuevo a su lado. Saldremos de esta irrealidad, se dijo firmemente una vez más, intentando convencerse a sí mismo. Por la mañana, apenas nos despertemos. Volverían a su prosaico, deprimente y querido mundo real. Volverían a la vida cotidiana que no conduce a ninguna parte.

Intentó dormir. No lo consiguió hasta al cabo de mucho rato.

## DOS

El teléfono de la mesilla de noche sonó a las ocho en punto. Eso al menos señalaba el reloj despertador que sí había junto al aparato. Tomó el auricular.

—Espero que hayan dormido bien, señor Herralde. Son las ocho.

Fue a decir algo, pero al otro lado ya habían colgado. Depositó el auricular.

—¿Quién era? —preguntó una soñolienta Berta a su lado.

—Son las ocho —respondió, apartando las sábanas y sentándose en la cama—. Bajaremos a desayunar, y luego nos iremos.

Se dirigió al cuarto de baño. Tomó una ducha rápida —siempre agua fría, desde su niñez—, y salió secándose aún con la toalla. Berta estaba cerrando las maletas, que solamente habían abierto para sacar sus pijamas y unas mudas. Ya se había vestido.

—¿No vas a ducharte?

—No... No me siento muy bien. Ya lo haré en casa de Juan, cuando lleguemos a Vigo.

No dijo nada. Realmente, Berta había pasado una noche muy inquieta, cosa inhabitual en ella. Además, se la veía como apagada. Parecía tener que esforzarse incluso para moverse.

Se vistió con la misma ropa sport del día anterior: cuando conducía le gustaba ir cómodo. Ella guardó la ropa sucia en una bolsa que siempre llevaba con este fin y acabó de cerrar las maletas. Mientras ella iba al cuarto de baño a lavarse la cara y los dientes, Jorge Herralde probó de nuevo el teléfono móvil. La misma respuesta que por la noche. El teléfono de la mesilla de noche seguía sin dar tono.

Cuando Berta salió del cuarto de baño eran las nueve y diez minutos en el reloj de la mesilla de noche. Tras el intento con el teléfono, Jorge Herralde había probado de poner de nuevo en funcionamiento su reloj digital, sin ningún resultado. Por un momento pensó en meterse en el bolsillo el reloj de la mesilla de noche: así al menos sabrían la hora. Se echó a reír ante el pensamiento.

El reloj de Berta, parado a la misma hora que el suyo, se había negado también a ponerse de nuevo en marcha.

—Ha sido un OVNI —dijo Jorge Herralde, entre serio y festivo. Siempre le habían gustado las historias de platillos volantes, de abducciones por parte de la gente del espacio, de encuentros en la cuarta fase. Había leído muchos libros sobre el tema—. Nos han cogido prisioneros, y nos están sometiendo a alucinaciones.

A Berta no pareció hacerle ninguna gracia la observación. Quitó una inexistente mota de polvo de encima de una de las maletas.

—Oh, vamos, querida, no te preocupes por esto. Bajemos a desayunar, y luego nos iremos. ¿De acuerdo?

Descendieron a la planta baja. El botones —¿el mismo muchacho que les había subido las maletas la tarde anterior?— parecía estar aguardándoles. Señaló hacia su derecha.

—Por aquí. El comedor está en este lado.

Sintiéndose algo más en contacto con la realidad, pensando que todo lo ocurrido el día anterior había sido una mala y estúpida pesadilla, y que realmente se encontraban en un parador de carretera donde su cansancio le había obligado finalmente a detenerse, Jorge Herralde tomó del brazo a su esposa y entraron juntos en el amplio comedor.

Habría una veintena de personas allí, todas ellas ocupando en solitario sendas mesas. Algunas alzaron ligeramente la cabeza al verles entrar, otras no. Jorge Herralde buscó instintivamente la mesa señalada con el 201 y se dirigió hacia ella. Había ya un platito con dos pastillas pequeñas de

mantequilla de una marca muy conocida, otro con tostadas y cruasáns, un cuenco pequeño con mermelada de melocotón y otro con mermelada de fresa, una jarra con zumo de naranja. Apenas se sentaron apareció una camarera vestida de marrón con una humeante jarra de café y otra de leche; las depositó sobre la mesa y se marchó en silencio.

Jorge Herralde hubiera jurado que era la misma camarera rubia que les había subido la bandeja a la habitación la noche anterior.

Sirvió primero a Berta y luego se sirvió él. Abrió un cruasán por la mitad y lo untó primero con mantequilla y luego con mermelada de melocotón.

—¿Te preparo uno?

Ella no respondió. Le dejó el que había preparado en el plato, al lado del humeante tazón de café con leche, y se preparó otro para él.

Berta bebió con aire ausente el café con leche, sin tocar el cruasán.

Él mordisqueó el suyo, sin pensar en nada en particular, con la mente muy lejos de allí: Santiago de Compostela, Vigo, sus hijos, las copas de cava, el beso de su nieta Irma, el coche, la carretera, la niebla, el mundo real, aquel otro mundo; los teléfonos que no funcionaban, la extraña obsequiosidad del personal de aquel lugar. Por la ventana entraba un esplendoroso sol matutino. A través de los cristales podía verse el cuidado césped, los árboles ornamentales, el bosquecillo a lo lejos.

Un hombre que ocupaba una mesa cercana a la suya se levantó. Dudó unos momentos, luego se dirigió hacia ellos. Se detuvo al lado de la mesa, junto a una de las dos sillas vacías. Jorge Herralde había observado ya que, aunque en cada una de las mesas ocupadas sólo se sentaba una persona, todas ellas tenían a su alrededor las cuatro sillas reglamentarias.

—¿Los señores Herralde?

Jorge Herralde alzó la vista. Era un hombre bajo, enjuto, muy moreno, de nariz aguileña y ojos hundidos. El primer pensamiento que le vino a la mente fue el de un hurón. Asintió con la cabeza.

—¿Puedo sentarme?

Hizo un gesto hacia una de las sillas libres. El hombre se sentó.

—Permítame que me presente. Me llamo Pedro López, y soy de Pontevedra. Ustedes son los últimos que han llegado. Me enteré ayer por la noche.

Jorge Herralde no dijo nada. Dio otro mordisco a su cruasán y tomó el asa de su tazón. No lo levantó del plato.

—Vinieron ustedes en coche, ¿verdad? —dijo el hombre.

—Sí.

—Ajá. Es frecuente. Yo no.

Hubo un silencio. Jorge Herralde se llevó finalmente el tazón a los labios. El hombre parecía estar esperando a que le preguntaran cómo había llegado él hasta allí.

—Yo vine en tren —dijo el cabo de un momento como si revelara un secreto, al ver que Jorge Herralde no le preguntaba nada.

Jorge Herralde dejó de nuevo el tazón sobre el plato.

—¿Hay alguna estación cerca de aquí?

El hombre sonrió ante aquello. Su sonrisa tenía un aspecto lobuno.

—No. No hay ninguna estación.

—¿Entonces?

El hombre se inclinó sobre la mesa.

—No importa. Aquí se puede llegar de *cualquier* forma.

Se produjo una larga pausa. El hombre parecía sólo inquieto, no nervioso. Miró hacia un lado, luego hacia el otro.

—¿Ve aquella mujer de allí? —Señaló hacia una mesa junto a una de las ventanas, donde una mujer de unos cincuenta años sorbía ensimismada una taza de café—. Ella llegó en avión. Y tampoco hay aeropuerto.

Jorge Herralde depositó cuidadosamente el cruasán en su plato, junto al tazón de café con leche. Berta, frente a él, parecía ausente a todo, con su tazón sostenido con ambas manos como si quisiera calentárselas con él, a una altura intermedia entre el plato y su boca, inmóvil.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

El tono del hombre pareció hacerse confidencial.

—No lo sé —admitió—. Sólo sé que en este lugar ocurren cosas muy raras. ¿Cómo llegó usted exactamente hasta aquí con el coche?

Dudó en responder. Pensó en la carretera absolutamente recta y llana, en la niebla, en la verja. En la inscripción: NO ABANDONÉIS TODA ESPERANZA.

No dijo nada.

El hombre sonrió.

—Comprendo. A ninguno de los que estamos aquí nos gusta hablar de cómo llegamos a este lugar. Pero a mí no me importa decirlo. Se lo contaré. Había tomado el talgo de Barcelona a Madrid. Lo hago muy a menudo, ¿sabe? Por cuestiones de negocios. Todo el mundo me ha dicho siempre que por qué no tomaba el puente aéreo, es más cómodo y rápido. Pero siempre les he tenido miedo a los aviones. Siempre he preferido el tren. Es más lento, pero me siento más tranquilo en él. Mucho más tranquilo.

Jorge Herralde pensó en las esperas de los aeropuertos, en la necesidad de cerrar el billete mucho antes de la salida del aparato, en el desplazamiento de la ciudad al aeropuerto y del aeropuerto a la ciudad. En trayectos cortos el avión podía llegar a ser más lento que el tren.

—Así que esta vez —siguió diciendo el hombre— tomé también el talgo. Estaba muy cansado, llevaba varias noches durmiendo muy poco, había acudido a una feria en Barcelona y ya sabe lo que pasa, te sientes solo, sales por las noches... —Sonrió, como disculpándose—. Me quedé dormido en seguida. Apenas subir al tren. No sé cuánto tiempo había pasado, pero de pronto me sobresalté. El revisor me estaba sacudiendo por el hombro. Junto a él había un hombre con una especie de uniforme marrón. «¿El señor López?», me dijo. «Han venido a buscarle. Siga a este caballero, por favor. Nosotros nos ocuparemos de su equipaje.» Medio dormido, desconcertado, seguí al hombre de marrón. Bajamos del tren. Estábamos en una estación. No, más bien era un apeadero. No había ningún nombre que lo identificara. Salimos de allí cruzando una gran verja de hierro, sobre la que había una frase o una leyenda que no pude leer. Al otro lado había un camino de grava que ascendía en una pequeña cuesta y al fondo, en la cima plana de una pequeña colina, esta casa.

Calló. Miraba fijamente el tazón de Jorge Herralde, como si se sintiera hipnotizado por él. Agitó la cabeza.

—Desde entonces estoy aquí, esperando. Como todos los demás.

—¿Esperando qué? —preguntó Jorge Herralde.

El hombre alzó la cabeza. Por primera vez le miró directamente a los ojos.

—Que me den el alta —dijo con una voz casi inaudible—. O morir.

Flotaba un gran silencio en el comedor, roto solamente por el tintinear de las cucharillas y de las tazas contra los platos. Nadie hablaba con nadie, cada mesa era un universo propio, aislado de todo lo demás. La camarera —¿una?, ¿varias?— aparecía y desaparecía silenciosamente por una puerta del fondo, iba de una mesa a otra sin hacer el menor ruido, trayendo y retirando cosas. Algunas personas se levantaban de sus mesas y se iban, otras entraban. La concurrencia era heterogénea: hombres, mujeres, niños, jóvenes, viejos..., gente que uno podía encontrar en cualquier hotel, en un balneario..., en una clínica. Pero todos iban solos. Incluso los niños.

Jorge Herralde se preguntó por qué se le habría ocurrido pensar en una clínica.

—No me importa —dijo—. Nosotros nos vamos ahora.

El hombre no se inmutó. Una leve sonrisa vagó por sus labios.

—Eso creen —dijo—. Eso creímos todos al principio. Pero nadie puede salir de aquí. No hasta que el doctor Moira quiera.

El mismo hombre que les recibiera la tarde anterior estaba de pie detrás del mostrador.

Jorge Herralde se acercó resueltamente a él. Le había dicho a Berta que le esperara en el comedor. El hombre aquél —¿cómo había dicho que se llamaba?... Ah, sí, Pedro López— se había vuelto a su mesa tras hablar con él, como si creyera que ya había cumplido con su deber. Observó que cojeaba un poco al andar. Todo aquello era ridículo, se dijo.

—Quédate aquí —le había dicho a Berta—. Pediré que nos bajen el equipaje. —Ella había asentido con aire ausente.

El hombre tras el mostrador le miró con sus fríos ojos oscuros.

—¿Desea algo, señor Herralde?

—Sí. Diga que bajen nuestro equipaje, por favor.

—¿Para qué?

—Nos vamos.

—Oh. Eso no es posible, señor Herralde.

Sin saber por qué, ya había esperado aquello.

—¿Por qué no es posible?

—Primero deben ver al doctor Moira. Sólo él puede darles el alta, siempre y cuando lo considere oportuno.

—¿El *doctor* Moira? —Sin saber por qué, aquel nombre, más allá de oírlo de labios de Pedro López, trajo ecos familiares a su mente—. No conozco a ningún doctor Moira —dijo pese a todo.

El hombre con el uniforme marrón exhibió una sonrisa condescendiente.

—Pero ha venido usted aquí.

—Sí —admitió Jorge Herralde—. Pero sólo de paso.

—Nadie viene aquí sólo de paso.

Jorge Herralde tuvo una inspiración.

—¿Qué es este lugar exactamente? ¿No es un hotel?

El otro pareció escandalizado.

—Oh, no, por supuesto. Es un centro de recuperación.

—¿Recuperación?

—Exacto. Ustedes solicitaron su ingreso, fue aceptado, y aquí están. El doctor Moira se ha hecho cargo de ustedes. Como de todos los demás. —Abarcó el aire a su alrededor con un gesto de su brazo.

Jorge Herralde guardó silencio unos instantes. Se dio cuenta de que aquel hombre era como una muralla, una pared de cemento. No iba a ser posible pasar a través de él.

Recordó de nuevo las palabras del hombre con cara de hurón, aquel Pedro López.

—¿Dónde está mi coche? —preguntó.

—En el garaje. Con todos los demás.

No se molestó en preguntar dónde estaba el garaje; sabía que el hombre no se lo diría. Se metió las manos en los bolsillos. Si no puedes vencer al enemigo, únete a él, dijo algo en su interior.

—Está bien. ¿Cuándo podré ver al doctor Moira?

La sonrisa del hombre se hizo más amplia.

—No se preocupe. Él le avisará.

A lo largo de toda una vida como viajante de comercio Jorge Herralde había aprendido muchas cosas. Una de ellas era no intentar forzar las cosas a menos que veas que puedes salirte con la tuya. Otra era dejarte llevar por los acontecimientos que consideres inevitables e intentar sacar el máximo partido de ellos. Había hecho dos tentativas para sondear el asunto. Había preguntado al hombre de la recepción:

—¿Puedo telefonar desde aquí?

—Lo siento, señor —había respondido el hombre, con su actitud fría e impersonal—. No hay comunicación telefónica con el exterior. Las líneas telefónicas son sólo interiores.

—¿Puedo enviar alguna carta?

—Por supuesto, señor. Entréguemela, y yo la depositaré en la oficina de correos.

Aquello había sido suficiente. Estaban incomunicados allí. Cualquier tentativa de contactar con el exterior estaba condenada al fracaso.

Tendría que buscar otros medios.

—Está bien —había dicho—. Aviseme cuando pueda hablar con el doctor... esto... Moira.

—Así lo haré, señor.

Regresó al comedor. Berta seguía sentada a la mesa, el cruasán intocado, el café con leche a medio tomar.

—Querida, me temo que vamos a tener que quedarnos algún tiempo aquí. No sé cuánto. Pero no te preocupes. Arreglaré esto tan pronto como pueda.

Ella se limitó a inclinar ligeramente la cabeza, algo que ni siquiera llegaba a ser un signo de asentimiento. Jorge Herralde alzó la vista, y su mirada se cruzó con la de Pedro López en la otra mesa. El hombre agitó la cabeza en su dirección, como diciendo: «Se lo dije, ¿no?» Luego sonrió, se levantó y se fue.

El comedor estaba casi vacío. Tomó a Berta del brazo.

—¿Quieres dar un paseo, querida?

Ella negó con la cabeza.

—No, prefiero echarme un poco. No me siento del todo bien. Ve tú solo.

La acompañó a la habitación, la ayudó a meterse en la cama. Mientras lo hacía, observó que su teléfono móvil, que había dejado cargándose sobre la mesilla de noche, había desaparecido.